

FILMS SELECTOS

de Catalunya



Ramón Novarro y Dorothy Jordan en una escena de «Monsieur Sans Gêne».

EN ESTE NÚMERO :

Trapos viejos y nuevos, por María Luz Morales. — Cómo se hace una película de dibujos sonora, por M. R. Rubí. — El cine y la moda. — Argumento y fotografías de la película Monsieur Sans Gêne. — Mujeres bonitas. — La polémica del cine: Opinión de Hipólito Lázaro, etc.

Filmoteca
Jeanette Mac Donald
de Catalunya
y Dennis King en

El Rey Dagabundo



Los románticos
amores del va-
ga bundo
poeta Vi-
llón que lle-
gó a regir
los destinos
de su país.

Un film im-
presionado
a todo color

Hoy y todos
los días en
Coliseum

ES UN FILM SONORO PARAMOUNT

MARC
SONOK

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Larraya



REDACCIÓN
y
ADMINISTRACIÓN
Diputación, 219. Tel. 13022.
BARCELONA

DELEGACIÓN EN
MADRID: LIBRERÍA
EL HOGAR Y LA MODA
Calle Valverde, 21 Duplexado



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Colonias
Tres meses. 375.
Seis meses. 750.
Un año. 15.

América y Portugal
Tres meses. 475.
Seis meses. 950.
Un año. 19.



CADA
SÁBADO

NÚMERO SUEITO
30
CÉNTIMOS



EL CINE SONORO Y LA BUENA MÚSICA

HERBERT Stothart, el famoso compositor que ha musicado la película «La Canción de la Estepa» con música de Franz Lehár y varias melodías originales, refuta en dos palabras — ¡pura palabrería! — las críticas de que la película musical y hablada es «demasiado mecánica» para inspirar la emoción verdadera de la música o reemplazar la actuación personal de músicos y cantantes.

Quienes tachan de mecánica la película hablada — decía en carta dirigida a cierto amigo suyo en Nueva York — parecen olvidar el hecho de que todo instrumento musical es un aparato mecánico. La garganta humana es el único instrumento natural, pero rara vez se usa la voz sin el acompañamiento de aquel instrumento decididamente mecánico, el piano.

A mi juicio — continuaba la carta de Stothart — los hábiles y extraordinariamente capaces ingenieros del sonido han realizado una maravilla patente con su invención de este nuevo y expresivo medio de la pantalla sonora. Si los críticos que pretenden descubrir defectos se dedicaran más bien a catalogar los admirables progresos de la película musical, nos veríamos libres de un montón de palabrería innecesaria e irritante.

Los resultados obtenidos por la película sonora pueden resumirse en hechos comprobados por mi propia experiencia. Cuando comencé a interesarme por la música, vivía yo en una pequeña ciudad, donde apenas tal cual vez tenía oportunidad de oír buenas orquestas o cantantes de alta categoría. Para oír a artistas del calibre de Lawrence Tibbett o Grace Moore necesitaba emprender un largo viaje y sufrir mil inconvenientes. A decir verdad, nunca tuve ocasión de escuchar buenas óperas ni orquestas hasta que fui a Nueva York, y más tarde a París, Roma y Berlín.

Hoy, el mismo teatrillo que antes se jactaba apenas de un piano a fuer de acompañamiento musical, ofrece por un precio moderado espectáculos tales como «La Canción de la Estepa» con Lawrence Tibbett, brindando a los aficionados el goce de escuchar una voz espléndida por espacio de dos horas. Y en el mismo pueblo donde rara vez encontraba yo, cuando mozo, la inspiración de algo excepcional en música, los muchachos contemporáneos pueden deleitarse escuchando magníficas orquestas admirablemente dirigidas.

Abandonemos, por lo tanto, discusiones ociosas en nuestra apreciación de los fotogramas musicales. El arte de la sonoridad en la pantalla está muy lejos de haber alcanzado la perfección: mas desafío a cualquiera a mencionar otro arte que haya realizado progresos tan rápidos en un par de años.

Jamás se ha observado tal avance en la apreciación del público por la buena música como desde el advenimiento de la película sonora. Gente de distritos lejanos, que apenas si conocía vagamente de oídas unas cuantas piezas de buena música, reconoce hoy inmediatamente la «Quinta sinfonía» de Beethoven, el «Libestrum» de Litz, el «Capricho Español» de Rimsky Korsakoff, la «Marcha Eslava» de Tschaikowsky, y muchas otras joyas musicales.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre, 3'75 pts. - Semestre, 7'50 - Año, 15

Nombre

Calle

núm.

Población

Provincia

Desea suscribirse a **films selectos** por un trimestre — semestre — un año. (Táchese lo que no interese.) A partir del 1.º

El importe se lo remito por giro postal número impuesto en

o en sellos de correo. (Táchese lo que no interese.)

(Firma del suscriptor)

de
(Fecha)

de 193

Opinamos que...

EL REY VAGABUNDO, película en technicolor, de la Paramount, estrenada recientemente en el Coliseum con el siguiente reparto: François Villón, Dennis King; Catalina de Vaucelles, Jeannette Mac Donald; Luis XI, O. P. Heggie; Gran Mariscal Thibault, Warner Oland; Huguette, Lillian Roth. Es una magnífica producción a la que el color la daña más que la beneficia, ya que en gran número de escenas resulta la proyección muy borrosa, y aunque en otras es más definida, los colores no son, pictóricamente hablando, los del natural.

Este defecto, común a todas las películas en color que hasta ahora hemos visto, nos ha molestado más que en las otras por ser «El Rey Vagabundo», como ya hemos dicho, una magnífica película, bien representada, muy bien dirigida, perfectamente sincronizada, que no llega a satisfacer por completo, precisamente por esa cualidad (?) de más que han querido añadirle.

El asunto de la película es interesante, aunque no concuerda en absoluto ni con la historia ni con la vida del gran bardo y gran perdido Villón.

Hay en esta producción aciertos definitivos entre los que sobresale la marcha y lucha de los vagabundos contra el ejército sitiador.

La interpretación, excelente. Dennis King es un buen cantante, con bien timbrada voz, que es a la par perfecto actor cinematográfico. Luce Jeannette Mac Donald su bonita voz y todas sus sabias dotes de actriz. De los demás hemos de hacer resaltar a Lillian Roth, que nos muestra un gran talento dramático insospechado por nosotros que la conocíamos como actriz cómica. También hay que alabar a O. P. Heggie en su papel de Luis XI, si no ajustado a la historia, ajustadísimo a lo que quiso fuera el autor o adaptador del libro.

LA FIERECILLA DOMADA. — Esta película, cuyos protagonistas son los esposos Mary Pickford y Douglas Fairbanks, que por primera vez representan juntos, tiene por principal interés a ellos dos y a su labor de actores, ya que no tiene nada que ver la película con la obra de Shakespeare, al que ciertamente no se le ha tratado con el respeto debido.

Creo que pudo hacerse la película sin complicar el nombre glorioso del escritor, que está por encima de todos los directores y actores actuales, y digo actuales porque tal vez — yo así lo espero — algún día aparezca el Shakespeare del cine aunque por ahora aun no lo conozcamos.

La película muy bufa es, sin embargo, una película bue-

Filmoteca
de Catalunya

¡JOVENES! ¡JOVENES!

que tenéis muchos granos en la cara (Acné juvenil), podéis eliminarlos obteniendo un cutis limpio y agradable usando

OXILON

VENTA EN TODA
BUENA PERFUMERÍA Y FARMACIA

Para instrucciones escribid a
PRODUCTOS CUTISÁN
Muntaner, 10. - Barcelona

na, tal vez un poco de gusto anticuado, pero interesante película que gustará a los incondicionales admiradores de los populares esposos, que son muchísimos, como lo probaron llenando el local el día del estreno. — JUAN MIRA.

12 estrellas de la pantalla en su casa

Si nos manda pesetas 4 por giro postal o en sellos de correo, recibirá libre de todo gasto, una de las siguientes colecciones, en tamaño 10 × 15 centímetros

COLECCIÓN N.º 1

Greta Garbo
John Gilbert
Norma Shearer
George O'Brien
Lupe Vélez
Clive Brooks
Janet Gaynor
Charles Farrell
Dolores del Río
Adolfo Menjou
Clara Bow
Gilbert Roland

SU ARTISTA PREFERIDO

en tamaño 18 × 24 centímetros lujosamente montado, puede también adquirirlo por el precio de pesetas 5 aun cuando
:- :- no esté en las colecciones detalladas :- :-

COLECCIÓN N.º 2

Jeanette Mac Donald
Maurice Chevalier
Bebé Daniels
Ramón Novarro
Mary Brian
Buster Keaton
Anita Page
Nils Asther
Billie Dove
Conrad Nagel
Nancy Carroll
John Barrymore

Boletines a recortar y enviar a Carlos F. de la Reguera, calle Aribau, número 130, principal. - Barcelona

ESTRELLAS DE LA PANTALLA

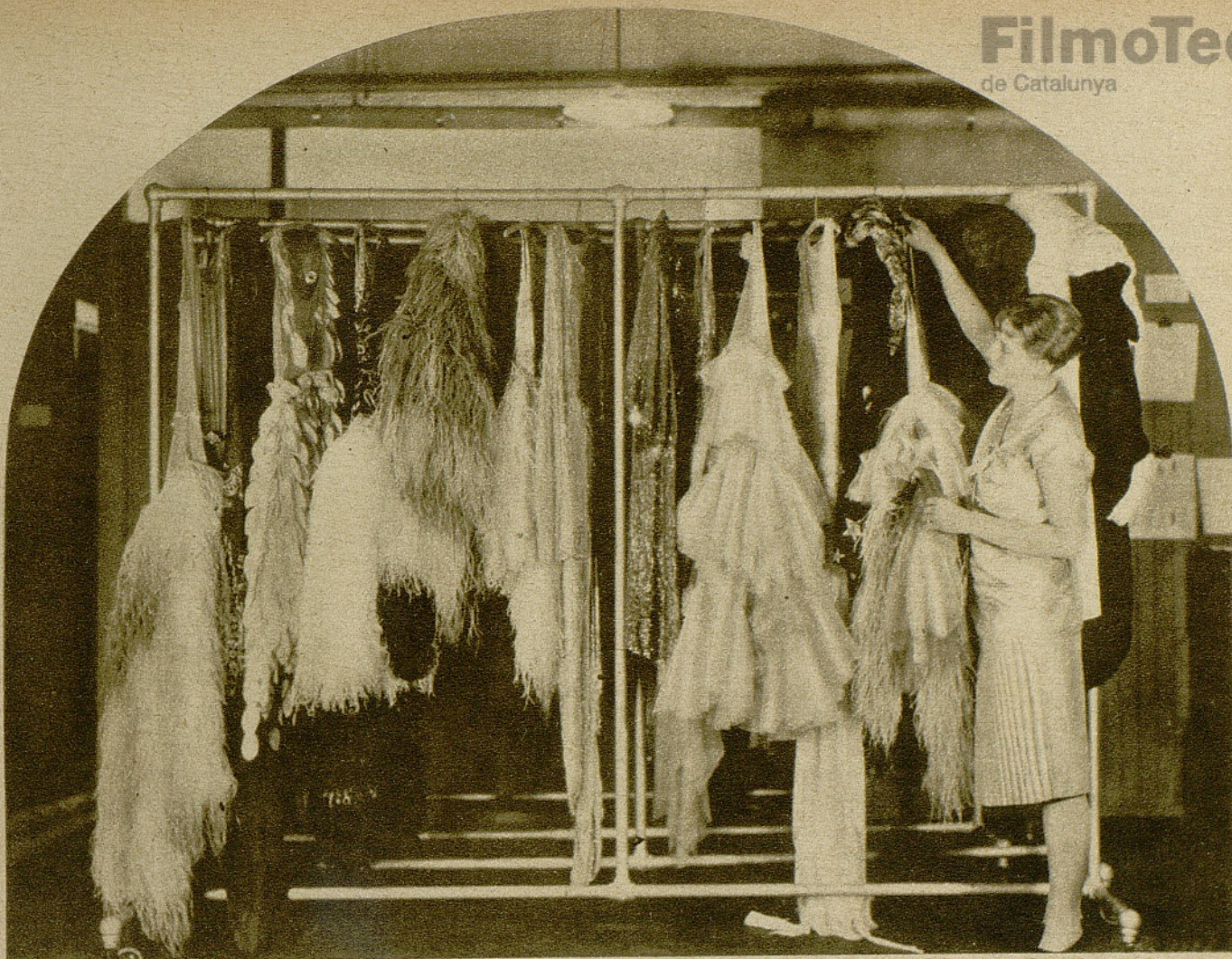
D.
Calle n.º Población
desea recibir las colecciones número cuyo importe
total de pesetas remite por giro postal o sellos de correo.

Fecha

SU ARTISTA PREFERIDO

D.
Calle n.º Población
desea recibir la fotografía de cuyo importe
de pesetas remite por giro postal o sellos de correo.

Fecha



Trapos viejos y nuevos

Los trapos, o dicho con más respeto y más énfasis, la indumentaria, son uno de los principales factores del arte cinematográfico. En parte alguna tiene el vestido la importancia que en el cinematógrafo. Los italianos, reyes de la escena hablada, por la innegable belleza de su idioma, por lo cálido de sus acentos y lo arrebatado de sus actitudes, han presentado desde el primer día, una inmensa desventaja como astros cinematográficos, la de su amaneramiento, de su cursilería en vestir. Si los descuidados muchachos y las ingenuas chicas de Hollywood se vistieran tan mal como la mayor parte de las actrices y actores de la escena, a estas horas no existiría la cinematografía norteamericana. La pantalla exige, no precisamente ropas presuntuosas, pero sí telas buenas, hechuras flamantes, colores sólidos. Y todo renovado — no mediante arreglos o componendas, sino por entero — a cada nueva película. De aquí, indudablemente, que los mismos parisenses admitan que actualmente es Hollywood la ciudad del mundo en que mejor se viste.

En los roperos de las actrices cuelgan centenares de trajes espléndidos, substituídos incesantemente por otros más a la moda. Los actores precisan, por lo menos, veinticinco trajes completos siempre a punto de ser lucidos. ¡Hay que ver la despreocupación con que los muchachos americanos llevan la ropa! ¡Y... hay que ver la ropa que llevan! Rodolfo Valentino poseía siempre cuarenta trajes que iban renovándose; de Holmes Herbert, un artista apenas conocido, se dice que el año pasado gastó ochenta mil francos en ropa. En vista de estos datos no puede uno por menos de preguntarse: ¿Adónde van a parar todos estos trajes?

Algunas y algunos, avariciosos, los venden. Mas les parece a ellos mismos tan mal, tan mal su propia acción, que la primera condición impuesta al comprador es que no denuncie el nombre del vendedor. No obstante, es éste como el secreto de Midas... Con la diferencia de que los ropavejeros son más vocingleros aún que las cañas del campo. Dos veces al año, los grandes estudios venden los trajes que emplean en sus films, y hace falta, según dicen, montar un servi-

cio especial de policía para impedir que los compradores se tiren de los pelos disputándose un traje de Greta Garbo o un quimono de Jeannette Mac Donald. Los vestidos de Pola Negri no son aprovechables: la celebrada artista de las tres nacionalidades destroza en términos casi inverosímiles todo cuanto lleva, a la tercera vez de llevarlo.

Pero el destino más corriente de los suntuosos trajes de Hollywood es ir a parar a manos de los pordioseros. Los vagabundos de Hollywood son los mejores vestidos del mundo. No es raro ver por allá el encuentro de un mendigo, peludo, sucio, con un palo al hombro y un petate a la espalda, que viste un frac de corte elegantísimo, calza zapatos de charol, y anuda, sobre un mugriento cuello de celuloide, una corbata de última moda. Los astros de la elegancia se ven acosados por las continuas peticiones de ropa. Entre ellos, Richard Dix es uno de los que tienen mejor y más numerosa clientela. Los demandantes de ropa cinematográfica usada le vacían el ropero en cuanto lo ha llenado.

—No es tan fácil como parece complacer a estos clientes — suele decir el popular «hermano bueno» de «Los Diez Mandamientos» —. Cuando se les ha vestido de pies a cabeza, arman, a lo mejor, un alboroto porque les faltan los gemelos para los puños.

Las actrices reciben peticiones de trajes determinados. «El vestido deportivo que llevaba usted en la escena de la película «B» me convendría especialmente para mi próxima excursión a la montaña.» «Tengo una hermanita menor, y muy delicada de salud, que se ha encaprichado por el traje de baile que luce usted en la película X. Y. Z.» «Tengo tres hijas de quince a diez y ocho años, de la misma talla que usted, y que en su vida han tenido un vestido bonito...»

Las actrices, naturalmente, se dejan enternecer y envían a la dirección escrita al pie los modelos pedidos. Muchas veces, al pasar por delante de un escaparate de bazar de Hollywood o de Los Angeles, ven sus trajes de nuevo en venta. Mas ¡no importa!: sean trajes o conviértanse en pan, sirvan para vestir al desnudo o para dar «de comer al hambriento», está bien que lo superfluo, lo lujoso, lo que a los ricos sobra, vaya a ser lo que el pobre necesita.

MARÍA LUZ MORALES

RAMON PEREDA

ANTES Y DESPUÉS DE SER ARTISTA DE CINE

FilmoTeca
de Catalunya

EN mi visita a los estudios de Hollywood, he tenido ocasión de tratar a casi todos los artistas que han obtenido renombre en la pantalla. Con quien más he intimado ha sido con los españoles, por la razón del idioma y la afinidad de usos y costumbres iguales. Con los de otras naciones, he llegado a una familiaridad franca y leal, pero, sinceramente, me costaba mucho trabajo entenderme con ellos. Las frases, cuando han de caer en una tercera persona para ser traducidas, por muy cariñosas que sean, pierden el calor de la amistad y de la efusión.

Justifica, esta razón, mi buena camaradería con Ramón Pereda, el actor español que ha logrado un excelente contrato en la Paramount.

Como «estrella» nueva en el cielo blanco de la pantalla, comprendí que era interesantísima una interviú con el galán que ha de cautivar, a las muchachas del día, con la arrogancia de su figura y su simpatía personal.

Una noche, buscando la emboscada de una cena, me preparé para hacerle decir algunas cosas de su vida, que tenía calladas por su oposición al reclamo. Fué un abuso de confianza, con premeditación y... nocturnidad. Pero su popularidad lo exigía así.

Un día, después de hacernos una fotografía en los estudios de la Paramount, para celebrar este infausto acontecimiento, lo invité a cenar. Aceptó, y quedamos de acuerdo para encontrarnos, a una hora señalada, en un célebre bar de la ciudad. Acudió, sin pensar la malévolamente intención que abrigaba yo. Pero era necesario; lo consideraba una obligación y tenía que cumplirla conforme me la había impuesto. Cuando pensaba en ello, me sonrojaba un poco por cometer la felonía de hacerle la interviú sin su consentimiento.

Una breve carrera en el auto, y estamos en pleno *cabaret americano*. Junto al mostrador se elevan los taburetes con lindas muchachas, que en sus disformes posturas, vistas con unos gemelos al revés, parecen unos elegantes puños de paraguas de señora. Cuando el *jazz-band* descansa de su complicada manifestación artística, comienza la orquestina americana su repertorio de bailables contorsionistas.

Veo, en una mesa próxima, a Fernández Cué, gran periodista, argumentista y dialogador, y temo saludarle por si me estropea mi plan. Pero el corresponsal de *Cine Mundial*, es discreto... cuando no se trata de indagar para sus lectores.

—Estará usted contento de haber llegado a la cumbre de sus aspiraciones—le digo a Ramón Pereda.

—¿Mis aspiraciones? —contesta.

—¡Claro! ¡Habrá soñado con ser «estrella» de cine!...

—Ni lo soñé, ni lo pensé. Yo, del cine, sólo he si-



Nuestros compatriotas Ramón Pereda y María Alba en una escena de «El cuerpo del delito».



de espectador. No he tenido afición al cine ni al teatro.
 — ¿Entonces? — Inquiero.
 — La casualidad, el Destino, lo que usted quiera menos la vocación.
 — Y en el teatro ¿ha trabajado usted?
 — Tampoco. Yo he vivido mi bohemia, una bohemia limpia, pero sin buscar en ella el refugio del arte. Sentíalo, pero no me ocupé de tratar de manifestarlo. Me gustaba, más que escribir una novela, vivirla; más que pintar, admirar la obra de los maestros; más que interpretar la música, oírla...
 — En usted había un artista inédito.
 — Pero que no llegó en lo que menos podía pensar.
 — Sin embargo, usted vino a Hollywood y pretendió trabajar en el cine, ¿no es eso?
 — Vine por curiosidad, a ver esto, como he visitado muchas ciudades de América. En Méjico he vivido diez y seis años. Aquí vine como un turista, visitando estudios por ver cosas nuevas, pero sin la pretensión de ser artista de cine.
 — ¿Fue usted coaccionado? — le pregunto.
 — No; fué casi una imposición. Verá usted. Un día, estaba yo en la peluquería, terminando el dependiente de arreglarme, cuando entró un señor, que, indiscretamente, se me quedó mirando. No hice caso, y, terminado el servicio, salí a la calle. Pero aquel caballero, le preguntó al dueño del establecimiento que quién era yo. El aludido no supo qué responderle; sólo me conocía de unas cuantas veces que había ido a su casa. Entonces, el señor Truchoski, secretario del departamento de la producción extranjera de la Paramount, que era el señor interesado, envió a un dependiente de la peluquería a buscarme. Volví con él, y el señor Truchoski me dijo que me necesitaba para impresionar una película. La verdad, lo creí, al principio, una broma de mal gusto, negándome con una disculpa; pero, casi a la fuerza, me metió en su coche y fuimos a los estudios de la Paramount.
 — ¿Y a trabajar?
 — No; me sometió a una prueba, que le dejó satisfecho, y empecé a filmar *El cuerpo del delito*, y mediada la película, me hizo un contrato por cinco años. Estoy contento, porque éste es el primer caso que se ha dado en Hollywood; firmar un contrato antes de terminar la película de prueba.
 — Puede estar orgulloso.
 — Lo estoy, y más que nada, sorprendido. Yo no sabía que fuese tan gran artista — dice riendo humorísticamente.
 — Es un caso de intuición.
 — Verdaderamente, porque ya sabe que la Paramount ha descubierto artistas como Clara Bow, Bancroft, Arlen, Rogers y Gary Cooper entre otros, pero han empezado de «extras», y poco a poco han escalado el puesto de «ases».

(Continúa en la página 24)



El ya afamado actor del cine sonoro con Luis Landini representante de Irusta, Fugazot y Demarc



Simpática escena de la película de la First National «La novia del regimiento» que pronto nos dará a conocer el control Cinæes.

DOLORES DEL RIO, LA TRIUNFADORA

DOLORES del Río: una bella damita de la aristocracia mejicana... Sin otras preocupaciones que la elección de los vestidos más caros y elegantes. Sin otras ambiciones que brillar en las fiestas suntuosas de la llamada buena sociedad. Sin pensar, ni remotamente, en la posibilidad de llegar a ser una renombrada «estrella» de la pantalla.

Mas, de pronto, surge Edwin Carewe, con su mirada dura y su perfil de indio. Carewe, que llega a Méjico, con su esposa, a disfrutar unas cortas vacaciones. Carewe, que pregunta a Dolores:

—¿Por qué no hace usted películas? Debiera probar...—

Los ojos grandes, atractivos y misteriosos de Dolores del Río se iluminan con un relámpago de alegría... El cine está próximo a encontrar una de sus mejores actrices. Y un hombre — Jaime Martínez del Río — va a perder para siempre el amor de la mujercita, fina y flexible como un junco...

El caso de Dolores del Río es, seguramente, único en la historia del cinema. Sus tres primeras películas, para la First National, son tres fracasos rotundos. La que hizo luego para la Universal, otro fracaso. Y sus primeras películas para la Fox, también.

Para otra aspirante a actriz del cinema, el primer fracaso sería motivo suficiente para que en los estudios desistieran de seguir confiándole papeles. Para Dolores, no. A cada nuevo fracaso, su nombre subía un peldaño más en la escalera de la popularidad. Carewe tenía especial empeño en defender a su protegida. Y Carewe tenía a su disposición una oficina de publicidad, maravillosamente organizada, que se cuidaba de enviar noticias y fotografías de la nueva «estrella» a todos los periódicos del mundo. Noticias y fotografías de Dolores, que llegaban mucho antes que sus malas películas.

¡Y qué tremenda decepción cuando éstas llegaron! Nadie se hubiera atrevido a afirmar entonces que en Dolores había una actriz. Una magnífica actriz. ¿Cómo figurarse que la muchacha que, junto a la pareja Dorothy MacKaill-Jack Mulhall, interpretaba torpemente una vampiresa, iba a ser, al poco tiempo, la mejor actriz dramática de la pantalla?

Y, no obstante, así fué. Hasta que no llegó «Resurrección» no se pudo comprender la calidad de artista que había en Dolores del Río. Y forzoso es reconocer que el único que tuvo empeño — por amor propio o porque creía efectivamente en sus dotes de actriz — en sostener a Dolores, fué su descubridor: Carewe.

«Resurrección» es la revelación de Dolores del Río. Su éxito verdadero, sin relación con los departamentos publicitarios.

Éxito más sorprendente, teniendo en cuenta sus deficientes actuaciones anteriores. «Resurrección» es, en definitiva, el triunfo de Dolores del Río, la afirmación de sus facultades de actriz, confirmadas luego — que no superadas — por otras películas: «La senda del 98», «Ramona», «Venganza»...

Mas, al lado de este triunfo, hay otro fracaso formidable: el de su amor a Jaime. ¡Qué novela más estupendamente romántica la de los amores de Dolores y Jaime! Más romántica todavía que «La dama de las camelias»... El pobre Jaime viendo como a cada nueva película su mujer se acercaba más al público y se separaba de él. El pobre Jaime, haciendo todo lo posible — y más de lo posible — por reconquistar

a su mujer. El pobre Jaime, obligado a aceptar el divorcio planteado por Dolores... Y el viaje a Europa, para olvidar... Y los cabarets de Berlín y los «cocktails» para aturdirse... Y el final... Ese final trágico, que es el mejor capítulo de la



novela. Jaime, moribundo, en un hospital de Berlín. Dolores cruzando radiogramas con los médicos. Uno de ellos terriblemente lacónico: «No tiene salvación». Y ella, arrepentida, pone el «radio» de despedida al otro mundo, con su terminación sentimental: «Perdóname, Jaime»... Y Jaime, eterno caballero, que muere dictando sus últimas frases para ella: «Mía es toda la culpa y tú eres la que debe perdonarme». Magnífica historia, que todavía haría llorar a más de una señorita de provincias.

RAFAEL MARTÍNEZ GANDÍA

ELZA TEMARY
de la Aafa

Filmoteca
de Catalunya





PELÍCULA FOX

ARGUMENTO

Eleanor y Eddie se ven con frecuencia con la excusa de enseñarle a Eleanor a tocar el ukelele, cuyo arte Eddie domina. La música va despertando en ellos un sentimiento más grande que el de la amistad. A los acordes del pequeño instrumento entonan a dúo sentimentales baladas.

Una vez más en esta espléndida producción hace Janet Gaynor alarde de su extraordinaria versatilidad artística y de su enorme simpatía no igualada por «estrella» alguna de la pantalla.





En esta página
podéis ver a la
estrella de la
Fox, la simpática
Lois Moran, mos-
trando toda la dis-

tinción, encan-
to y elegancia
que a las pren-
das de abrigo con-
fieren las
pieles. A. P.



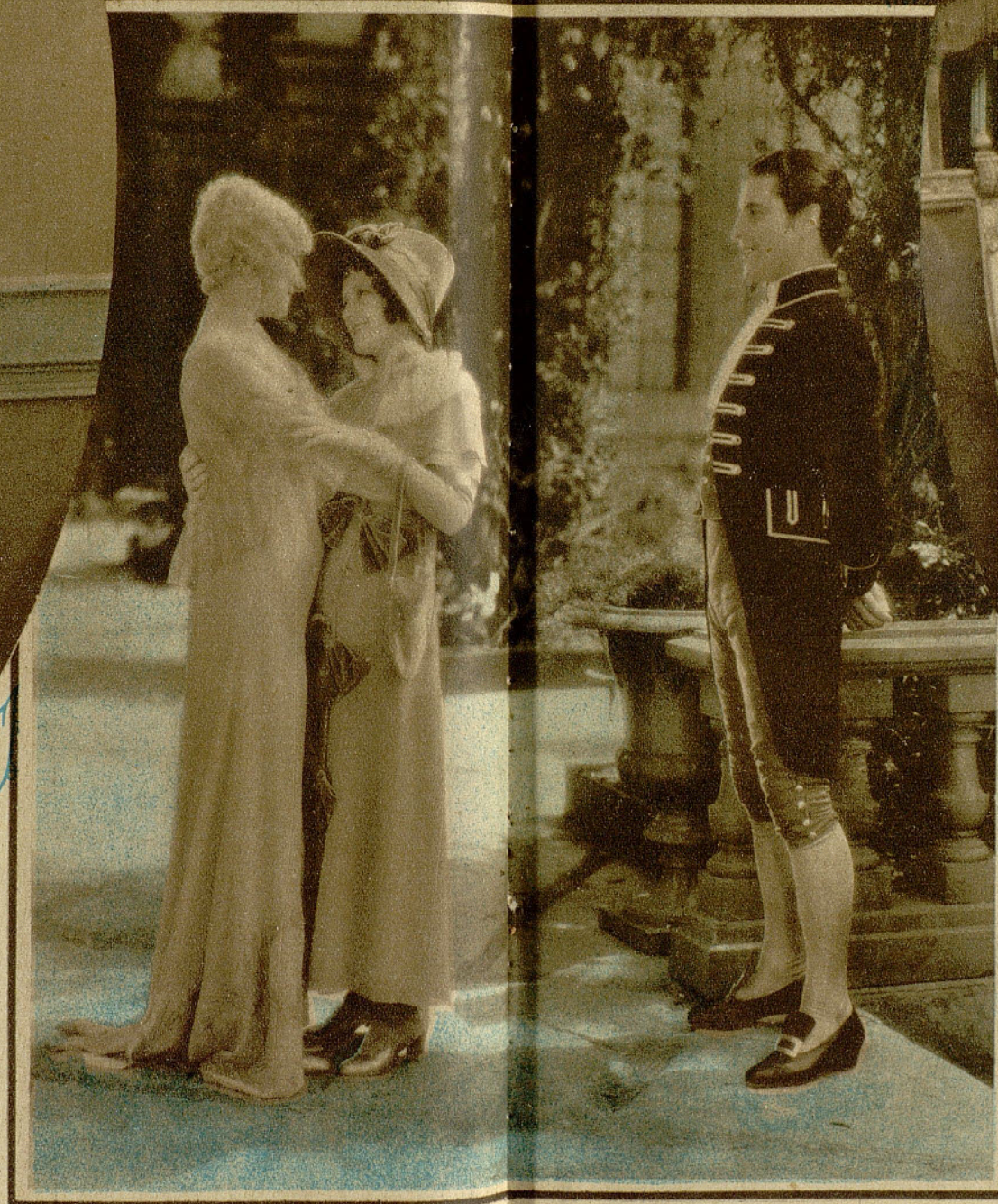
Monsieur Sans Gêne

FilmoTeca
de Catalunya

PELÍCULA METRO-GOLDWYN-MAYER

PROTAGONISTAS: RAMÓN NOVARRO, MARION HARRIS Y DOROTHY JORDAN

DIRECTOR: SIDNEY FRANKLIN



ARMANDO, un joven teniente de la Guardia de Napoleón, es arrestado por sus contrarios cuando Napoleón es desterrado a Elba.

Con otros muchachos de su bando es sentenciado a muerte. Cuando le toca el turno de ser fusilado, valiéndose de una estratagema que juega al pelotón que debe ajusticiarlo, logra escapar.

Aquella noche, se refugia en un pequeño mesón del camino que conduce a París. Huyendo de sus perseguidores, que han descubierto su refugio, Armando se introduce en una habitación en donde la bella Leonie reposa, en su viaje a París. Leonie, a la vista del desconocido, está a punto de gritar

asustada, impidiéndoselo el muchacho, que se esconde en un armario, haciendo prometer silencio a Leonie.

Sin embargo, cuando entran los oficiales buscando a su perseguido y Leonie se entera de que su protegido pertenece al bando contrario, descubre a aquéllos su escondrijo. Armando, después de una encarnizada lucha con sus enemigos, que se desarrolla ante los espantados ojos de la arrepentida, consigue escapar con el uniforme de uno de ellos, no sin antes asegurar apasionadamente a su pequeña delatora, que a pesar de lo que ha hecho, es la mujer más adorable del mundo.

Armando busca refugio en casa de su vieja amiga la Condesa, que lo disfraza haciéndole pasar por uno de sus sirvientes.

Un día Leonie va a visitar a la Condesa, también su amiga, y permanece unos días en casa de ésta en calidad de huésped. Leonie no reconoce en el simpático criado al antiguo oficial de la aventura de la posada. Armando hace audazmente el amor a la muchacha, y durante una excursión ecuestre que realizan juntos, logra llegar hasta sus labios.

De Grignon, un pretendiente a la mano de Leonie, jefe del pelotón que persigue a Armando,

va a prenderlo a casa de la Condesa, en el momento en que el muchacho se dirige a la habitación de Leonie a confesarle su identidad y decirle adiós. Armando consigue escapar otra vez, y juntarse con los suyos cuando Bonaparte está ya de regreso de su destierro.

De Grignon regresa con Leonie a París. En el camino es detenido por Armando que le disputa la muchacha. El cobarde de Grignon huye y Leonie se convierte en la prisionera de Armando.

—¡Te odio, bonapartista!— le dice Leonie, pero el odio de la muchacha se desvanece como por encanto al calor de los brazos del bravo teniente

MUJERES BONITAS



BILLIE DOVE
de la First

RAQUEL TORRES
de la M. - G. - M.



HIPOLITO LÁZARO

La una. En el «grill» del Oriente. El gran tenor catalán deja su vermut para contestar a nuestra pregunta:

—¿Qué opina usted sobre el cine?

—Que no me convence...

—¿Ni ahora, después de su «sonorización»?

—Ahora menos que nunca.

—Sin embargo, se le han hecho a usted proposiciones para trabajar en el cine sonoro, ¿no es verdad?

—Sí que es verdad. Pero también lo es que yo no he aceptado esas proposiciones.

—¿Por qué?

—Ante todo porque yo soy hombre de teatro y nunca podría amoldarme al cine, y luego, porque los aparatos fonofónicos actuales no están todavía lo suficientemente perfeccionados y mi voz no puede adaptarse a ninguno de esos diafragmas. Ya sabe usted que las voces cinematográficas han de tener una calidad especial para que puedan ser bien registradas. Claro que no dudo que más adelante se obtendrán mejores resultados; resultados perfectos. Pero, de momento, la sonoridad del cine me parece muy deficiente.

—¿De manera que no le gusta a usted el cine sonoro? ¿Prefiere el mudo?

—¡Ah, sí! Indudablemente. Mire: yo no trabajaría nunca en el cine. La impersonalidad, el automatismo de los actores de cine, siempre medidos por la voluntad, por la idea, por el individualismo del director, no está de acuerdo con mi temperamento. Durante los siete años que estuve cantando en el Metropolitan de Nueva York, fui alguna vez a Hollywood y vi hacer películas. ¡In-

aguantable!... El escenario del teatro, nuestras tablas, limitadas por los bastidores, son una inmensidad compara-

de la cámara y el ojo fiscalizante del director, solos, mecánicos y fríos, no puede dar un paso que no esté previsto en el «guión».

Todos sus gestos están calculados y le son impuestos por la orden del director.

No puede hacer ningún movimiento que peligre de caer fuera de la órbita de la cámara. ¡Vaya, vaya! ¡Y aun si todo fuera eso sólo!... Pero ¿y cuando una escena hay que repetirla dos, tres, cuatro, cinco veces?

Después viene el laboratorio. La película verdadera se hace en el laboratorio, a trocitos, a recortes, a intercalados, a combinaciones y preparados inverosímiles.

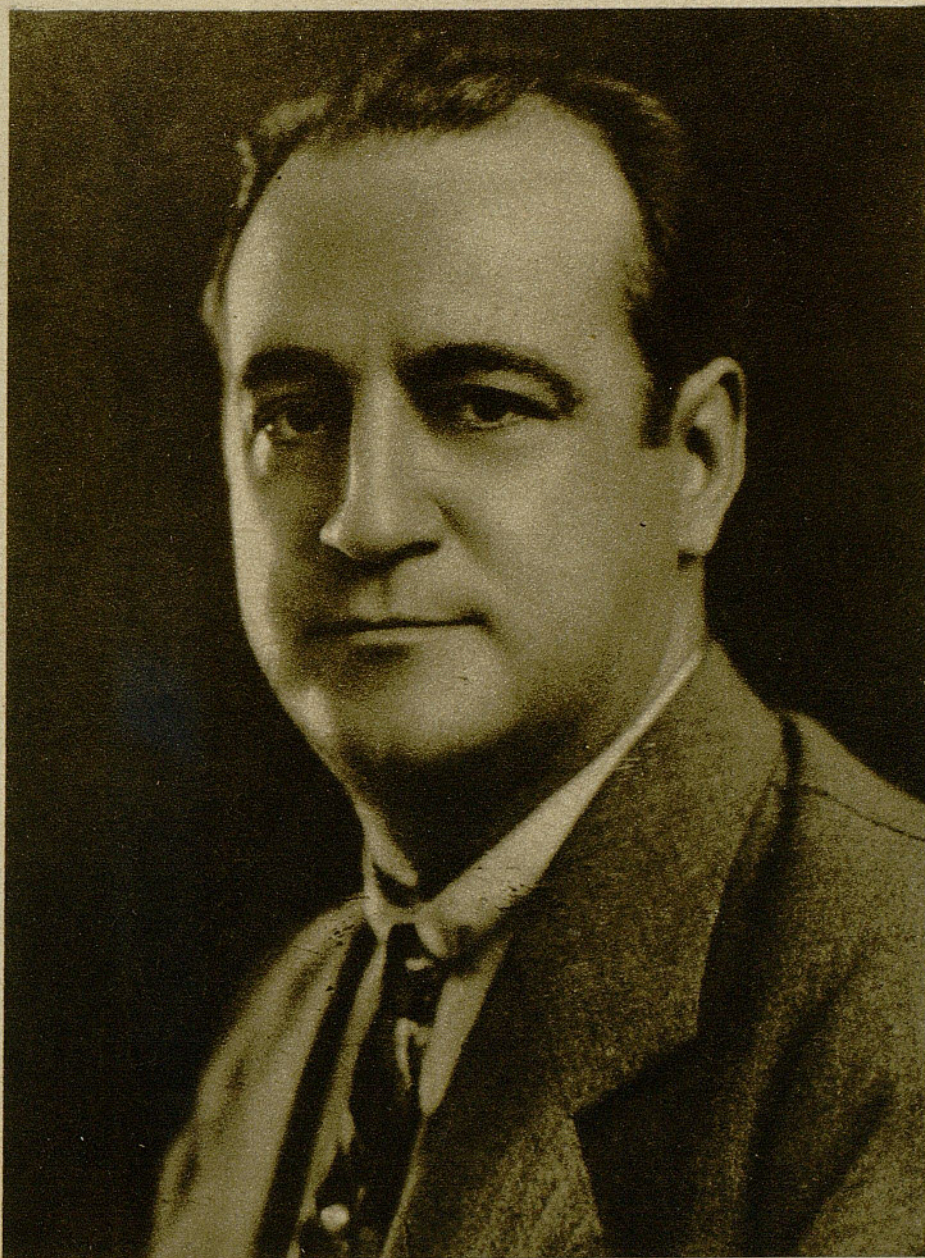
Al final sale un metraje de film que está muy bien, pero en el que la labor del artista ha quedado reducida a una pantomima de monigotes. Una pantomima de monigotes que gusta extraordinariamente al público, que resulta muy aburrida para los artistas de cine y que no comprenderá nunca un actor de teatro.

Sin embargo, admito que el cine mudo es una cosa enorme, maravillosa, para el espectador.

Pero lo que no puedo sufrir, aunque no sea más que como espectador, es el cine sonoro. ¿Qué quiere? No me puedo acostumbrar a no encontrar absurdos esos retratos que cantan.

El canto está muy bien en el teatro, y el cine en la pantalla. Y, créame, me hace el efecto de que, al mezclarlos, han hecho, como dice el aforismo, «de dos cosas buenas...» una que a mí no me gusta, de ninguna manera... —

IRENE POLO



dos con el terrible «set» cinematográfico.

Mientras el actor se halla en él, teniendo, para presenciar su labor, no los ojos y los corazones del público, que tenemos nosotros, sino el lente implacable

Con el fin de dar más libertad para que todos los colaboradores expongan sus opiniones, la redacción no se hace solidaria del contenido y concepto de los artículos que serán siempre del exclusivo criterio de sus autores.

Las estrellas frente al objetivo

FilmoTeca
de Catalunya

CONTEMPLANDO las fotografías que ilustran este artículo, no puede uno menos de hacer deducciones acerca del vivir intenso de los artistas de cine. No en balde estos artistas forman parte de esa máquina colosal que se llama Norteamérica y que hoy por hoy conserva el record de la rapidez, la potencia y la perfección.

Verdad es que en Hollywood hay más extranjeros que norteamericanos, pero eso no importa. El que vive en los Estados Unidos, o se americaniza o sucumbe.

En Hollywood, como en San Francisco o en Nueva York, la vida es una lucha constante de velocidad y resistencia. Las mismas «estrellas» lo han dicho muchas veces. No hay paz en su brillante vida. Hay que levantarse muy temprano para acudir al estudio. Hay que estudiar y trabajar con ahínco.

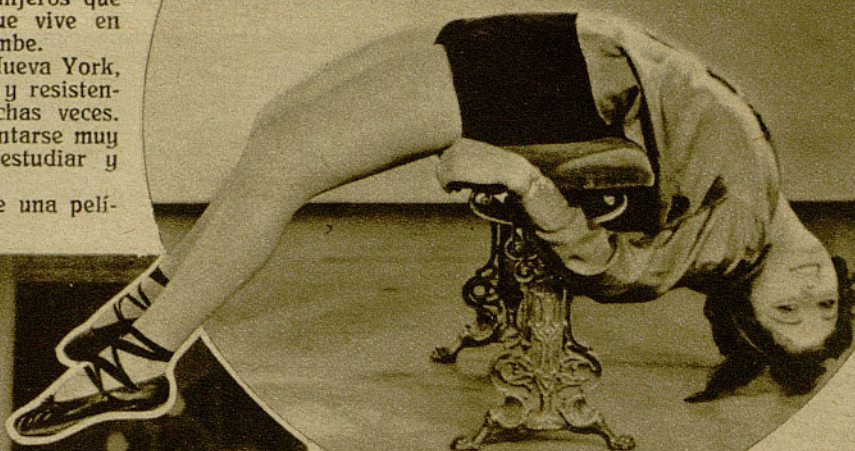
Detrás de una escena viene otra y detrás de una pelí-



cula otra película. Una tregua de veinticuatro horas en la producción representa una pérdida de muchos miles de dólares.

Es necesario mantener el cuerpo ágil, esbelto, fuerte, siempre dispuesto para el salto, para el baile, para la lucha y demás exigencias deportivas del film. Es preciso atender a los reporteros de los grandes periódicos: una campaña desfavorable de prensa sería fatal. Hay que atender muchas súplicas, leer muchas cartas, dedicar muchos retratos. Todo para mantener encendido el fuego de la admiración popular, todo como propaganda, como una propaganda de la que no se puede prescindir en la vida moderna de aquel pueblo moderno.

Pues bien, entre los elementos de la propaganda figura el de las fotografías. Una artista de cine se ha de retratar frecuentemente para que su imagen recorra el mundo. Pero no sólo es cuestión de retratarse. Hay que retratarse de un modo que atraiga la atención del público



para que la propaganda sea eficaz. Y eso va siendo cada vez menos fácil.

Después de mil retratos, es difícil vencer la indiferencia del público con el mil uno, del mismo modo que lanzar un anuncio llamativo allí donde hay un millón, es un verdadero problema. Es preciso retratarse de un modo original, después de haber tenido mil originalidades. Y hay más aún. No es una, sino cien estrellas las que se retratan, es decir, las que extraen originalidades de la ya casi agotada cantera.





A cinco originalidades mensuales por estrella, que es a lo que vienen a salir, resultan quinientas originalidades al mes, y seis mil al año. Multiplicad seis mil por los años que viene durando esta lucha, y el resultado será el grado de angustia que debe de representar para un artista de cine, extraer una originalidad más de la mina fotográfica.

Nos imaginamos a las pobres estrellas dando vueltas por su habitación, con la cabeza a punto de estallarles, y buscando desesperada-



mente esa «pose» capaz de atraer la atención del público. Desechados los saltos y ejercicios atléticos: eso está ya muy visto.

De la vida íntima tampoco puede sacarse ya nada; pues la estrella se ha retratado leyendo y escribiendo, haciéndose las manos y remendando medias, comiendo, almorzando, desayunando, tomando el té; en el momento de levantarse y en el momento de acostarse. A su automóvil también le ha sacado ya todo lo que podía dar de sí. Se ha retratado, incluso, sentada como un mono en el volante.

Por la acalorada mente de la infortunada artista comienzan a desfilar las mayores extravagancias, y todas tienen algún punto de contacto con otras realizadas ya por ella misma o por sus compañeros.

«Raquel Torres — se dice la estrella — se retrató el otro día herrando a un borrico. Fué una buena idea. Pero yo he de hacer algo más. A mí no me pone el pie encima esa sudamericana.»

Al fin se da un golpe en la frente y exclama:

—¡Ya está!—

Y al día siguiente se retrata buscándole el trigémino a



un elefante con un pararrayos. Cada una de las fotos que acompañan a este artículo es una prueba de la lucha que la inventiva de la estrella ha tenido que mantener antes de colocarse ante la cámara fotográfica.

Karl Dane es el que más pronto ha salido del paso. Su fuerza y su corpulencia le permiten componer bonitos cuadros funambulescos con sus lindas compañeras de trabajo. Pero ahí tenéis a Mary Doran. Esta artista habrá ensayado ante el espejo cien o doscientas posturas hasta dar con esa que realmente es mucho más extravagante que las que se adoptan en sociedad.

Dorothy Jordan, después de darle muchas vueltas a la idea en su magín, ha decidido dar las vueltas ella y se ha subido en el caballo de un tiovivo, después de quitarse una cantidad considerable de ropa.

David Sharpe y Gertie Messinger deciden retratarse sosteniendo un idilio y dan con una doble actitud sin preceden-

(Continúa en la página 24)

De unos a otros

SE crea esta sección para constituir un lazo de amistad entre los lectores, para que puedan resolver sus dudas, satisfacer su curiosidad y de este modo colaborar en FILMS SELECTOS, la revista hecha especialmente para satisfacerles y servirles. Publicaremos en esta sección todas las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine. Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el pseudónimo que quieran que figure al publicarse. No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consulta.

DEMANDAS

22.—*Ramón del Reino*, Sánchez Barcáiztegui, 9, Madrid, desearía cambiar correspondencia con señorita aficionada al cine.

23.—*Jerónimo Vila Piñero*, del Seijo, desearía correspondencia con señorita de diecisiete a dieciocho años (preferible que sea del Ferrol) a fin de cambiar impresiones del cine.

24.—*José Montalbán* desea saber el reparto de las películas siguientes: *Estrellas simbólicas*, sonora, de la Fox. — *El Séptimo Cielo*, muda, de la Fox. — *Tripoli*, muda, de la Fox. — *Al oeste del Zanzibar*, sonora, de la Metro. — *Los dos pilles*, muda, de la Príncipe Films. — Y los nombres de los Directores de las películas siguientes: *En el palacio del rey*, de la Metro. — *El presidente*, de la Universal. — *Mare nostrum*, de la Metro. — *La viuda alegre*, de la Metro. — *El Gran Desfile*, de la Metro. — *Los vencedores del fuego*, de la Metro. — *Miguelita*, de la Metro. — *El Águila Negra*, de la United. — *El Pirata Negro*, de la United. — *Los del segundo piso*, de la Fox.

25.—*Mr. Carlos Tampoco* desea saber los nombres de los protagonistas de la película *Los Húsares de la Reina*.

26.—*José Martínez* envía las siguientes preguntas: ¿Quién es la muchacha que trabajaba con Tom Mix en *Tendiendo la línea*? ¿Podrían darme informes de dónde encontraría retratos de Helen Allan?

27.—*A. Ibáñez*, dice: ¿Habría algún amable lector o lectora que hiciese el favor de indicarme el domicilio de la actriz de cine, llamada, *Bebé Daniels*?

28.—*José Castells*, domiciliado en Tarraça, calle Wolta, núm. 80, quisiera tener correspondencia sobre asuntos de cine con Eligio P. Alcalá, de Jerez de la Frontera.

29.—Deséo cambiar correspondencia con jóvenes aficionados al cine. Dirección: Mary Pool, Fray Ceferino, 14, 2.º, Oviedo.

30.—*Pedro Pujadas* desearía cambiar correspondencia con señorita barcelonesa, que tuviera la aspiración de ser artista cinematográfica y que por lo tanto reuniera las cualidades que requiere; en la dirección poner: «Exclusivamente para Pedro Pujadas» Pedro Pujadas, Consejo de Ciento, 614, Barcelona.

31.—*Un beso a media luz* dice a *Maritza de los ojos garzos*: Me agradaría sobremanera saber la opinión de usted sobre Esther Ralston y Greta Garbo que en ingenuas y vamps son, a mi gusto, las más completas del cine. Espero de su amabilidad una rápida contestación.

DIRECCIONES DE ESTRELLAS

Paramount Publix Studios, Hollywood, Calif.

Richard Arlen
Jean Arthur
William Austin
George Bancroft
Clara Bow
Mary Brian
Clive Brook
Nancy Carroll
Robert Castle
Lane Chandler
Ruth Chatterton
Maurice Chevalier
Chester Conklin
Gary Cooper
Kay Francis
Richard «Skeets» Gallagher
Harry Green
James Hall
Neil Hamilton

O. P. Heggie
Doris Hill
Phillips Holmes
Helen Kane
Dennis King
Jack Luden
Paul Lukas
John Loder
Jeanette MacDonald
Frederic March
David Newell
Jack Oakie
Warner Oland
Guy Oliver
William Powell
Charles Rogers
Lillian Roth
Regis Toomey
Fay Wray

RESPUESTAS

2.—A *Una Greta catalana* contesta *Una mallorquina*: Dolores del Río en la pantalla, en la vida real Dolores Asunsolo, nació el 3 de agosto de 1905, mide cinco pies cuatro pulgadas y media, viuda de Jaime del Río, casada con un magnate del cine recientemente. Es muy difícil saber qué hace en las horas fuera del estudio, pero yo creo que hará como cualquier otra persona de su posición: comer, dormir, etc., etc., se dice que es persona distinguidísima y muy educada.

3.—A la misma contesta *Valentín Vega «Triunfo»*: Dolores del Río en las horas que no está en los «estudios» hace la misma vida que haría una mujer vulgar que después de su trabajo tuviese que hacer algo en casa. Sólo con la pequeña diferencia que lo que Dolores tiene que hacer es estudiar el papel y la declamación de lo que tiene que hablar ante el micrófono el día siguiente. No es aficionada a casi ningún deporte y le diré la última cosa que sé de ella. Dolores ha sido designada para el principal papel de *La Paloma* y como al poco tiempo de empezar se puso enferma de algún cuidado, le han sido señaladas cuatro semanas para su total restablecimiento, y si después de este tiempo no está en condiciones de continuar el trabajo, será señalada otra artista para dicho papel. Me parece muy simpática y espero que haga muchas preguntas para que, por medio de esta agradable revista, te conteste a todas las demandas que puedan ocurrirte y que yo tengo contenidas en mi archivo.

4.—Del mismo para *Nils O'Hara*: La biografía de don Alvarado es como sigue: Nació en Alburquerque (Nuevo Méjico), el 4 de noviembre de 1904. Está casado, su verdadero nombre es Joe Page, tiene un hijo. A los dieciséis años ingresó en la guardia montada, desciende de españoles aunque sus padres son mejicanos. Ha interpretado *Los amores de Carmen*, *La mujer escarlata*, *Habla el mono*, *Desayuno al amanecer*, *En honor de su mujer*, *Ruidos de amor*, y otras muchas de menos importancia. Me pide usted mi opinión del «cine sonoro» y me expone usted la suya. Y yo le contesto que como usted prefirió el «sonoro» y espero de él obras mucho mayores (en arte) que *Amanecer*, *Ben Hur*, *Metrópolis*, etc., pues si rápido ha sido el progreso del «cine mudo» mucho más rápido va a ser el «sonoro», sino fíjese usted en *El desfile del amor* y piense que sólo llevamos tres años de «cine sonoro».

concurso de films selectos

aaaabbbbceee
ellimnnnooo
qrrrrsssstuu

Con estas letras, debidamente combinadas, se obtendrá el título de una película sonora, estrenada el año pasado, y los nombres y apellidos de los protagonistas (ella y él).

A los que nos contesten acertadamente les concederemos los siguientes premios:

- 1.º Un precioso reloj de oro para caballero, marca «Calotte», con correa.
- 2.º Otro reloj de oro, con diamantes, para señora, marca «Calotte».
- 3.º Una librería portátil con quince novelas escogidas de la colección HOGAR.
- 4.º Otra librería portátil con quince novelas escogidas de la colección HOGAR.
- 5.º Un reloj chapado, para caballero, con correa, marca «Calotte».
- 6.º Un reloj chapado, para señora, marca «Calotte».
- 7.º Otro reloj de platín, para señora, marca «Calotte».
- 8.º Un despertador esmaltado, marca «Norma» (Veglia).
- 9.º Un despertador esmaltado marca «Fedora» (Veglia).
- 10.º Un despertador radium, marca «Adriana» (Veglia).
- 11.º Un despertador ovalado, esmaltado, marca «Bohème» (Veglia).
- 12.º Un reloj de sobremesa, color rojo, marca Veglia.
- 13.º Otro reloj de sobremesa de madera, marca Veglia.
- 14.º Otro reloj de sobremesa, dorado, marca Veglia.
- 15.º Otro reloj de sobremesa, de color, marca Veglia.

Todos los relojes están garantizados por la casa J. M. Portusach, Almacén de Relojes, Pasaje San José, letra D. Barcelona.

BASES

- 1.ª Para enviar soluciones hay que adjuntar a cada una de ellas un cupón de los que publicaremos en todos los números al pie de estas bases.
- 2.ª Los premios se sortearán entre todos los que indiquen exactamente cuál es el título de la película y el nombre de los protagonistas.
- 3.ª Se pueden enviar cuantas soluciones se desee, pero si un mismo concursante enviara varias exactas, únicamente será válida una de ellas.
- 4.ª Las soluciones deben dirigirse, hasta el día 31 de diciembre, al Administrador de FILMS SELECTOS. — Diputación, número 219. — Barcelona.
- 5.ª No sostendremos correspondencia acerca de este concurso.

cupón del
concurso
de
films selectos

Lyssoform

Desinfectante

de olor agradable. No mancha. Higiene íntima femenina. Curación de llagas, granos, heridas. Contra infecciones.

Elixir dentífrico

Antiséptico único de la boca, de sabor fresco delicioso. Conserva la dentadura y evita caries. Purifica el aliento.

Jabón antiséptico

finísimo de tocador, muy neutro y perfumado. Para epidermis delicada é higiene infantil. Refresca y libra la piel de impurezas.



NUESTRO VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

POR
Mary Pickford
Y
Douglas Fairbanks



(Continuación.)

Me entretuve en probar de descifrar algunas de las iniciales e inscripciones esculpidas en las piernas de la vasta estatua, por los viajeros romanos que iban allí a pasar sus vacaciones cuando Nerón dominaba el Tíber. Durante 2,000 años, viajeros de todas partes del mundo se han detenido ante estas estatuas, maravillándose de su tamaño.

En El Cairo uno siente toda la atracción del Este, pero la capital es un cruce de calles donde se encuentran diferentes tipos. Sus restos del Arte copto, las Mezquitas mahometanas y la arquitectura moderna, son un marco adecuado para los viejos monumentos egipcios. En Luxor, el viajero se siente en el Egipto de los Faraones; pueden verse los «fellaheens», que es como se llama a los labriegos, que viven exactamente como vivían sus antecesores hace miles de años. Al navegar a lo largo de los canales que conducen el agua del Nilo

a los distantes campos, o al detenerse ante las columnas del Templo de Luxor, la sensación de vivir en tiempos pretéritos es exacta.

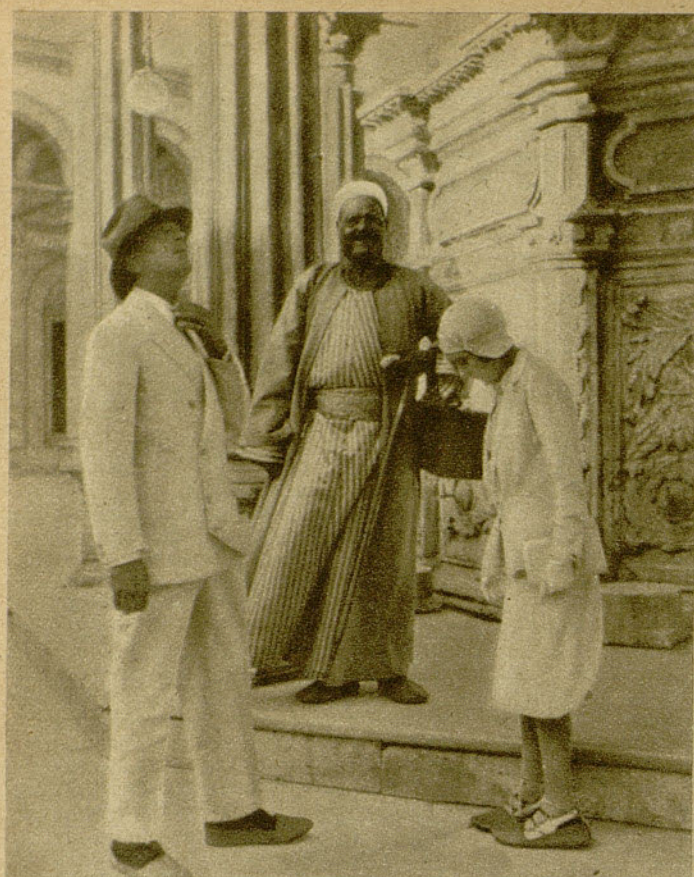
Douglas me confesó que Karnak, la meta de los viajeros de Luxor, no le había impresionado tanto como a mí. Quizás porque esperaba demasiado; por mi parte, fui presa de la mayor emoción al vagar por las ruinas de los vastos templos construidos en la orilla del Este, por diversas generaciones, y al recorrer el Lago Sagrado, custodiado por los grandes escarabajos sagrados de granito detrás de la gran sala hipóstila, dejé correr mi imaginación, conjurando la pompa de aquellos tiempos ya pasados, en que Egipto era la principal fuente de civilización del mundo. Allí, lo que se experimenta es indescriptible, y como sucede en la Acrópolis de Atenas, uno vuelve a las primeras horas de la mañana o a la puesta del sol, para apreciar su extraordinario y majestuoso aspecto. Las proporciones de la Gran Sala, son tan

perfectas, que es difícil darse cuenta de que allí dentro, cabría la Catedral de Nuestra Señora de París.

Otro de los espléndidos templos de Karnak, es el de la Diosa Sekmet, con cuerpo de mujer y cabeza de leona, diosa de la guerra y el amor. El templo, es de pequeña estructura, sin ventanas, completamente distinto de los demás templos. En la entrada hay un patio, y en el centro un hall en el que permanece el dios Ptah. A la derecha hay una habitación pequeña que recibe la luz mediante una pequeña abertura en el techo y en la que hay la estatua de Sekmet una delgada figura de muchacha y cabeza de leona. Está en actitud de andar, con una pierna delante de otra, y vista a media luz, da la expresión del odio contra el destino del amor y la muerte.

Aunque Douglas y yo pasamos la mayor parte de nuestro tiempo visitando las antigüedades de Tebas, no por esto *Las pirámides de Gizeh*





Visitando una mezquita en El Cairo.



Douglas juega con el vehículo que transporta a Mary.

descuidamos los bellos jardines y bazares de la ciudad moderna. Tomamos el té con el gobernador general, que nos explicó el punto de vista egipcio y sus aspiraciones de independencia absoluta para Egipto y el Sudán, también merendamos en la terraza, entonces desierta, del Palacio de Invierno, para presenciar el magnífico espectáculo de la puesta del sol detrás del Valle de los Reyes.

Aunque nuestro hotel era pequeño, no carecía de atracti-

vos. Albert Parker descubrió que el encargado del bar, un indí ena, que respondía al nombre de Aziz, era orata unos cocktails maravillosos, tanto, que pidió a Douglas lo agregase a nuestra servidumbre. Afortunadamente no tuvo éxito en su demanda, pues dos secretarios, dos ayudas de cámara y una doncella era ya suficiente personal, para no tener que añadir un Nubio cuyo único mérito consiste en hacer excelentes cocktails.

Me hubiera gustado permanecer más tiempo en Luxor, pero Douglas estaba impaciente para emprender una excursión por el Desierto. Encargamos una

caravana de camellos con tiendas de campaña

y todo lo necesario para acampar varios días y nos dirigimos hacia el norte.

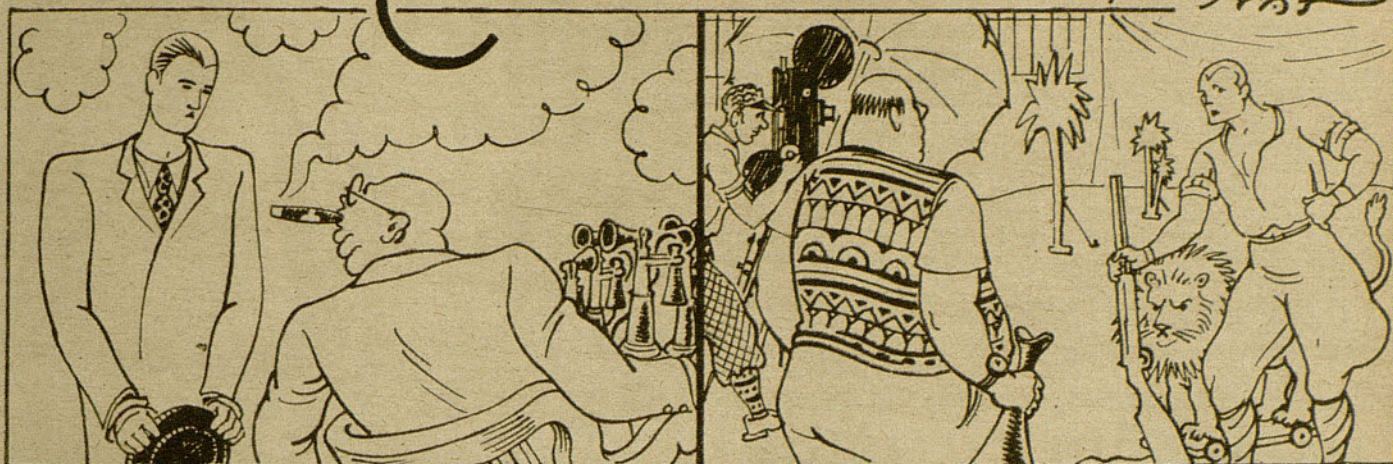
Después de una noche de viaje, llegamos al pueblo desde donde nos dirigimos a nuestro campamento (era la primera vez que uno de nosotros acampaba en un desierto). Todo estaba perfectamente arreglado. Las tiendas de abigarrados colores y coladuras estaban bien alfombradas. Cada una tenía una cama, un tocador, una silla, una bujía y un espejito. (Continuará.)



COBAS DEL SONORO

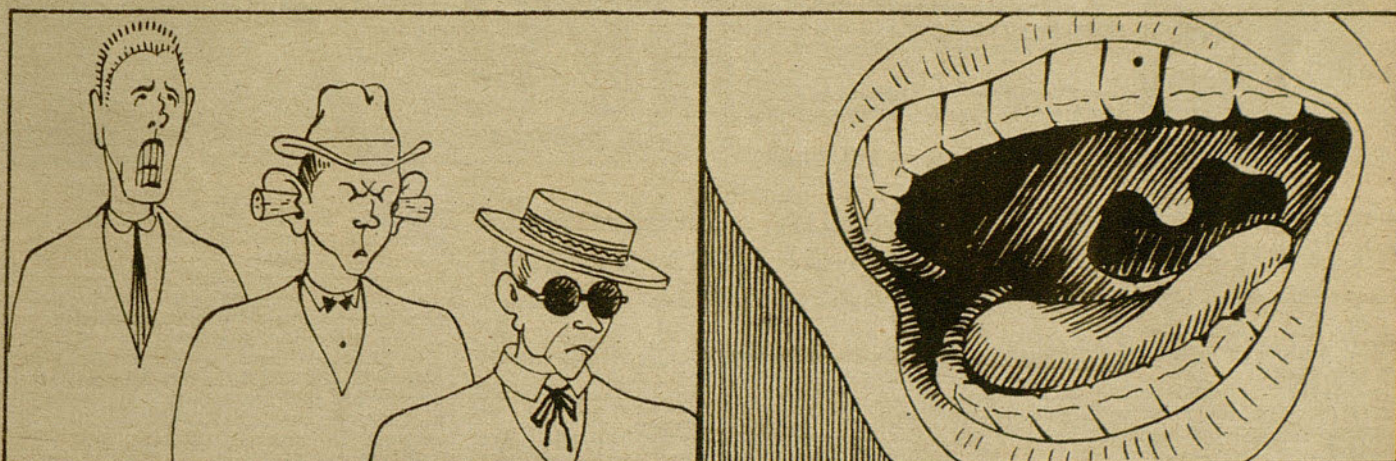
FilmoTeca

por Fritz



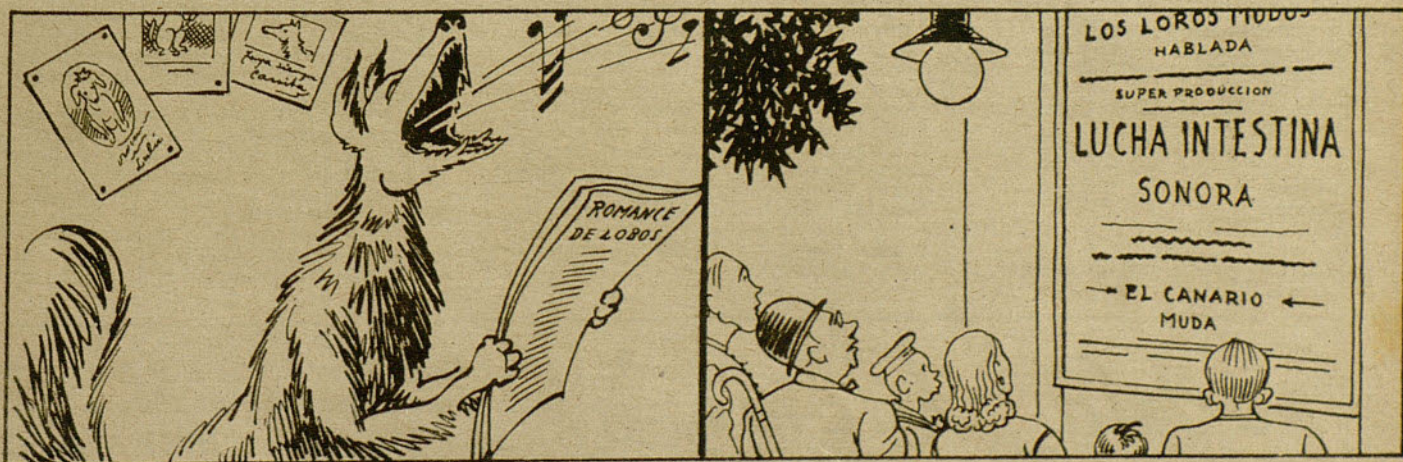
—¿Tiene usted resistencia pulmonar?
—Ya lo creo. Juego al rugby, me zambullo como una foca, atravieso un barranco de un salto...
—No se trata de eso. Es para los besos. Y de cuerdas, ¿cómo estamos?

—Paso la cuerda floja, tiro el lazo...
—Me rejiero a las cuerdas vocales. Es para el sonoro.
—Es que, señor director, solamente conozco el esperanto.
—Así, pues, hará usted de jefe de la tribu salvaje de la isla desconocida.



Hasta hoy sólo beneficiaban del cine los oculistas. Ya les va a tocar el turno a los especialistas de orejas y a los dentistas pues hay cada ruido que produce denteras horribles.

Así como antes nos mostraban en primerísimo plano las lágrimas desprendiéndose de las pupilas de la star, ahora veremos perfectamente el funcionamiento del privilegiado órgano del divo.



Rin-tin-tín también se entrena para los talkies.

Sin comentarios.

LAS ESTRELLAS FRENTE AL OBJETIVO

(Continuación de la página 12)

tes en los anales del amor. Alice White y Thelma Todd, después de darle a la «pose» muchas vueltas, se colocan de modo que Thelma hace de borriquito, dicho sea en diminutivo para no ofenderla. Y si se ofende, que venga a visitarnos. A veces da gusto dejarse pegar.

Pero los que han batido el record de la extravagancia son Kay Johnson y Reginald Denny. Después de echarse encima algunas prendas de la guardarropía, cuya aplicación era un misterio, se ponen a beber un ponche con vasos hechos de cilindros de automóvil. En cuanto a la ponchera, se las trae también. Un zepelín con ruedas, es decir, con lo único que no llevarán nunca los zepelines.

Y lo espantoso es que las estrellas tienen aún muchas temporadas por delante, esto es, años enteros de originalidad fotográfica.

JOSÉ BAEZA



UN CUTIS DE PORCELANA

terso, fino, transparente, será la envidia de sus amigas; lo obtendrá EN EL ACTO de aplicarse un poco de **ESMALTE MILLAT**

Pídale en las perfumerías; lo hallará en tres calidades:

ESMALTE NORTEAMERICANO

Embelece instantáneamente, frasco 5 pts.

ESMALTINA MILLAT

Combinación de esmalte y crema, frasco 10 pts.

ESMALTE NILO-MILLAT. Producto de gran belleza, frasco grande para 3 meses, 12 pts.

Enviando su importe en sellos a Especialidades MILLAT, Apartado núm. 541, Barcelona, lo recibirá certificado.

SIN CANAS EN POCOS DIAS USANDO LA NOVISIMA Y PERFUMADA Agua de Colonia MISTERIOSA
que conteniendo *pilocarpol* evita la caída y caspa del cabello

HIGIENICA
PERFUMADA Y
EFICAZ

Filmoteca

de Catalunya



RAMON PEREDA ANTES Y DESPUES DE SER ARTISTA DE CINE

(Continuación de la página 7.)

— ¿Y usted ha subido al último peldaño de un salto?

— Así es. Sin experiencia en las tablas ni en la pantalla, con sólo media película, se puede decir que he ingresado en filas de general.

— ¡Le felicito!

— Gracias.

— ¿Se acuerda mucho de España?

— Ahora más que nunca siento la nostalgia de mi patria. Quisiera participar a los míos de mi alegría.

— ¿Qué vida hace usted?

— Una gran vida!

— Me lo figuro.

— Quiero decir una gran vida, porque yo paseaba por el mundo sin aspiraciones; hoy las tengo, y ya es algo. Madrugo, hago una hora de gimnasia, desayuno, trabajo en el estudio, y cuando no, practico deportes...

— ¿Cuáles son sus preferidos? — le interrumpo.

— Todos los ejercicios físicos me gustan.

— ¿Después?

— Almuerzo, leo y despacho correspondencia.

— ¿Mucha?

— Bastante.

— ¿Femenina?

— Bastante... también.

— Cómo las prefiere, ¿rubias o morenas?

— Que estén bien; el color es lo de menos.

— ¿Y las castañas?

— ¡Asadas! — responde jocosamente Pereda.

— Terminada la correspondencia, ¿qué hace?

— Aprender el inglés. Mister Shurluck, jefe de la Paramount se ha empeñado en que hable el inglés.

— ¿Ha sufrido su vida peligro en alguna aventura? —

DIRECCIONES DE ESTRELLAS

Universal Studios, Universal City, California

Lew Ayres

John Boles

Ethlyn Claire

Kathryn Crawford

Lorayne Du Val

Robert Ellis

Hoot Gibson

Dorothy Gulliver

Otis Harlan

Raymond Keane

Merna Kennedy

Barbara Kent

Scott Kolk

Natalie Kingston

Beth Laemmle

Allen Lane

Laura La Plante

Jeanette Loff

Fred Mackaye

Ken Maynard

James Murray

Mary Nolan

Mary Philbin

Eddie Phillips

Joseph Schildkraut

Sisters G.

Glenn Tryon

Paul Whiteman

Barbara Worth

Ramón Pereda, arquea las cejas, como queriendo recordar, y exclama:

— Sí; una noche.

— ¿Aventura amorosa?

— No; esas se hacen pero no se dicen. Fue algo terrible, que, después, me dió miedo.

— ¡Cuento! — inquiero.

— Caminaba, solo, por unas calles extrañadas de Veracruz, cuando se me apareció un hombre mal trajeado y peor encarado, pidiéndome unos pesos para sus hijos que estaban sin comer.

— ¿Se los dió?

— No; ante la exigencia, le dije: «Vamos a su casa.» Efectivamente, me llevó a una choza infecta, donde yacía su mujer y cinco criaturas. Aquel cuadro de miseria me apenó tanto, que le entregué treinta pesos que llevaba. El pobre hombre lloraba agradecido, y me dijo: «¡De buena se ha librado usted, señor! Porque si no me da para comer mi gente, llevaba esto para adquirirlo!» Y me enseñó un cuchillo enorme. Y yo, que durante el tiempo que anduve con él llevaba la mano derecha en el bolsillo de la americana, le dije, sacando un revólver: «¡Pues de buena se ha librado usted, porque si lo veo hacer un movimiento extraño, lo mato!»

Al terminar el relato, aparece ante nosotros otro artista español, el adaptador de *El cuerpo del delito* J. Garner Ribalta, aragonés francote y simpático.

Nos alegramos mucho de encontrarle... pero yo no le perdono el haber cortado la conversación en el momento más interesante.

MARIO PALERMO

Hollywood.

Stradda Lacmi

ELIMINA LAS ARRUGAS
CONSERVA LA JUVENTUD

pesar de eso podía sentirlos fijos en su rostro, penetrantes como dardos; aquellos ojos de sus pesadillas atravesaban la pared de su cuarto, y lo más horrible era que se acercaban por momentos a su propia cara hasta que se despertaba sobresaltada. Y en sus sueños le parecía que en cuanto aquellos ojos llegasen a tocarla se moriría. En cambio, cuando, por las mañanas, pensaba en aquellos ensueños, los encontraba estúpidos. No podía comprender ni definir el disgusto que le producían los ojos de algunos hombres cuando la miraban a cierta distancia o se acercaban al pupitre con una excusa para hablar. Aquellas miradas eran tontas e inexpresivas, según se decía la joven, pero lo raro era que en sus sueños se daba cuenta de la malignidad y del peligro que había en ellas, a pesar de que una vez despierta esta idea le parecía una tontería.

Muchos de los clientes que comían y bailaban en «La Luna Azul», parecían vulgares y poco inteligentes; de acuerdo con las ideas adquiridas por Teresita en el convento y a juzgar por las conversaciones que sorprendía y las tonterías que decían los más alegres clientes de la posada; mas una noche la joven levantó los ojos a su pesar, como si la obligasen a ello, y encontró un par de ojos completamente distintos de los demás. Sintió una desagradable impresión nerviosa, pues aquellos ojos no le gustaban. Sin embargo, no eran vulgares y se le ocurrió la idea de que debían de ser magnéticos como los de un gato negro. Y también tenían un color semejante al de los ojos de los felinos, pues eran de un tono gris, amarillento y verdoso.

Aunque se apresuró a bajar la mirada, sintió la impresión de que aquellos ojos se hallaban entre ella y el papel, del mismo modo como se ven manchas oscuras después de haber contemplado el sol. La mesa a la que se sentó aquel hombre a cenar estaba tan cerca de su pupitre, que la proximidad de sus ojos le causó cierta inquietud, pues recordaba su temida pesadilla; además, la

impresión de su color se había fijado en su mente con asombrosa claridad. Pero observó con gusto que en ellos no había la mirada lánguida que tanto le disgustaba en los demás hombres. Tales ojos eran agudos, vivos, brillantes y dotados de viva inteligencia.

Aquel hombre estaba sentado frente a la joven y ésta resolvió no mirarle de nuevo, pero su atracción o repulsión, cualquiera que fuese, tuvo más fuerza que ella y otra vez volvió a mirarlos. Entonces se fijó en el rostro, que era muy especial, algo repulsivo, aunque resultaba interesante estudiarlo siempre y cuando pudiera hacerse con disimulo.

Según observó Teresita, parecía demasiado intelectual para pertenecer a un cliente de «La Luna Azul». La frente era alta, aunque estrecha, y hallábase rodeada de cabello negro y espeso, en el que había algunas hebras grises. Los brillantes ojos eran profundos bajo las gruesas cejas. La nariz, fuerte y grande, y los pómulos, prominentes. Se le habría tomado por escritor de asuntos abstractos, si bien la parte inferior de aquel semblante destruía tal impresión, aunque era difícil decir el porqué. Las fuertes mandíbulas y la saliente barbilla estaban cubiertas por una barba gris y negra, pero los labios, muy gruesos y rojos, quedaban al descubierto.

La joven bajó de nuevo la mirada y se esforzó en olvidar que aquel hombre la contempló, sin duda, durante toda la cena. Mas no pudo alejarlo de su mente.

¿Por qué un hombre de aspecto tan inteligente se entretendría en mirarla de igual modo como solían hacerlo los tontos?

Teresita, aunque sin levantar los ojos, se dio cuenta de que aquel hombre acababa de levantarse y de que se alejaba. Luego, unos minutos más tarde, habló su padre diciendo:

— Le presento a mi hija, a mi pequeña Teresa, señor Nazlo. — Y volviéndose a la joven, añadió: — El señor Nazlo me ha alabado mucho nuestro establecimiento. Es la primera vez que viene a él. Lo hizo por

«Me gustaría saber si Julia se ocupa también en trabajos de guerra, en este lugar inmediato a la playa», pensó. «O tal vez está casada y ha ido a reposar un poco.»

Teresita decidió escribir y preguntar, rogando a Julia que le contestase; cosa que muy pocas veces, o nunca, hizo. Julia no había cambiado sus señas desde el día en que por vez primera fué a Silverwood en el elegante automóvil azul. La única diferencia consistía, según explicó, en que se había trasladado a un piso mayor en la misma casa, situada en *Riverside Drive*.

En el mes de noviembre anterior al décimoséptimo aniversario de Teresita, terminó por fin la guerra. Todo el mundo parecía ser feliz el día del Armisticio. Hubo festejos incluso en el tranquilo convento, cuya paz no logró alterar la guerra. Fué un invierno muy agradable, aunque Teresita se preguntó con frecuencia qué sería de ella al llegar las vacaciones de verano. Los siete años de escuela pagados por Miles Sheridan estaban a punto de terminar. ¿Volvería entonces a casa? ¿O tal vez su querida madre habría podido ahorrar lo suficiente para tenerla un año más en el convento, según le había indicado en alguna ocasión? «A los diez y ocho años tendrás ya el carácter formado y podrás salir al mundo a ganarte la vida». Estas eran las palabras que Teresita oyó decir a su madre, que añadía: «Aun eso será mejor que ir a vivir a una casa como la nuestra, suponiendo que puedas encontrar un empleo conveniente para ti. Tal vez como taquígrafa...»

A partir del día en que su madre le dijo eso, Teresita se dedicó a aprender taquígrafa y mecanografía, porque una de las monjas había recibido una instrucción comercial y enseñaba cuanto sabía a las muchachas de diez y seis o más años que necesitaban ganarse la vida en cuanto volvieran al mundo.

— Cuando llegue la Pascua, mamá ya me dirá lo que debo hacer — pensaba la niña.

Pero su madre no fué a verla du-

rante la Pascua. Recibió una cartita muy breve con mano poco firme. Decíale que sentía mucho no encontrarse en situación de visitarla, porque había cogido un resfriado muy fuerte. Tenía mucha tos y el médico le aconsejó guardar cama durante unos días. De todos modos, Teresita no debía alarmarse, porque mamá estaría buena muy pronto.

Transcurrió toda la semana sin recibir otras noticias de casa, a pesar de que ella escribía cada día. Una mañana llegó un telegrama para la señorita Teresita Desmond, el primero que recibiera en su vida.

«MAMÁ MURIÓ DE PULMONÍA. NO HUBO TIEMPO PARA LLAMARTE. AYER CELEBRÓSE ENTIERRO. ENCARGA DOS TRAJES LUTO A MI COSTA. MANDARÉ DINERO PARA TU VIAJE A CASA. DESO REGRESOS PRÓXIMA SEMANA, PORQUE TE NECESITO. PAGARÉ A LAS MONJAS TODO LO PENDIENTE. TERENCE DESMOND.»

La niña apenas podía creer que su mamá hubiese desaparecido de la tierra y que nunca más podría volver a verla. Las bondadosas hermanas trataron de consolarla, pero ella no admitía consuelo de ninguna clase. Le recomendaron que llorase para exteriorizar de algún modo su dolor, pero las lágrimas no acudieron a sus ojos. Y cuando era niña, no lloraba desde que Terencio dijo un día a su mujer, de modo que la niña pudo oírlo: «¿Para qué sirve derramar lágrimas? No creo que te haga ningún bien.»

Y era cierto. No hacía ningún bien. El derramar lágrimas era una cosa inútil y una prueba de debilidad, eso a pesar de que uno sintiera su corazón destrozado. Y Teresita aprendió tan bien a dominar sus lágrimas, que ahora no podía derramarlas ni aun queriendo. En cambio comprendió amargamente que no podría perdonar a su padre por no haberle telegrafiado antes. Aunque no hubiese habido tiempo para ver a su madre viva, por lo menos podría haber besado su amado rostro en el ataúd

antes de que la tierra lo cubriese para siempre.

La niña nunca amó en realidad a aquel hombre de mal carácter, iracundo y huraño que era su padre, a pesar de que durante su niñez le admiró por su corpulencia y por su belleza. Y ahora comprendió que, en obsequio a la memoria de su madre, debía esforzarse en no odiarlo.

Regresó a su casa diez días después de haber recibido el telegrama; una de las monjas la acompañó hasta Oldport, en cuya estación encontraron a Terencio Desmond, que esperaba a la niña.

Esta no había visto a su padre desde que tenía doce años. Observó que estaba en extremo cambiado, aunque no a causa del dolor. De eso, Teresita tenía la certeza más absoluta. Sus negros ojos, que fueron grandes y atrevidos, estaban ahora casi ocultos por los pliegues de la piel, y debajo de ellos se habían formado unas bolsas de color purpúreo. Tenía papada, y su cutis, en otro tiempo lozano y tostado por el sol, se hallaba cruzado por numerosas venas y manchado de pecas. La nariz parecía mayor y también cruzaba por ella la misma red de venas de color amarillado que se veía en sus mejillas. El espeso cabello, que, según recordaba Teresita, fué de color rojizo brillante, era ahora blanco, cruzado por algunas hebras doradas. Incluso había cambiado la figura de aquel hombre, pues estaba encorvado y sus miembros parecían mucho más sueltos y torpes bajo el traje excelente, pero sucio, que llevaba.

— Veo que has crecido mucho — dijo, mirando con aprobación a la pálida niña de pies a cabeza —. Eres igual que Julia. Mejor dicho, pareces una copia de ella con colores a la aguada. Mas nunca serás tan atractiva como tu hermana. —

Julia era su preferida y el único ser a quien en realidad quería. Era posible que su madre, el amor de sus años juveniles, hubiera sido para él mucho más que la humilde, pero testaruda María. Mas el parecido de Teresita con su hermana mayor no

fué bastante para que se sintiera inclinado a darle un beso. En los ojos de la niña se advertía cierta hostilidad y asco hacia su padre, quien, sin duda, pudo observar este sentimiento. Siempre habló con María de Teresita, llamándola «tu hija», y en ninguna ocasión dijo «nuestra hija». Sin embargo, se disponía ahora a gobernarla a su antojo.

Teresita fué llevada a su casa a fin de que se ganara la vida o, por lo menos, lo suponía así. De todos modos, era justo, después de los siete años felices que pasó en el convento, y resolvió ocupar en su casa y lo mejor que pudiera el puesto de su madre.

Pero no pasó siquiera un día sin observar que su padre no deseaba que substituyese a la difunta. Terencio tenía un plan distinto por completo; y cuando la niña llegó a «La Luna Azul», encontró ya instalada como cocinera-ama de llaves a una alemana morena y guapa, dé edad madura y naturalizada en Norteamérica.

La señora Schultz era una mujer viuda muy hábil y miraba con cierta languidez a su patrono. Teresita la detestó desde el primer momento y se alegró de que su padre le destinara el cargo de secretaria-cajera, para escribir las cartas y llevar las cuentas del negocio. Este trabajo la obligaría a estar lejos de la señora Schultz, a excepción de las horas de las comidas. En cambio, no le gustaba la idea de ocupar en el restaurante el pupitre que Desmond utilizó en los primeros tiempos de la posada.

— Estoy segura de que a mamá no le gustaría verme aquí — dijo, — porque cuando yo era muy niña todavía, le disgustaba que viniese al restaurante.

— Bueno, pero ahora tu madre no está aquí para encontrar faltas en todo. No debes pensar más que en mí. Sé que has aprendido matemáticas y oí a tu madre cómo se envanecía del premio que te dieron el segundo año por tus conocimientos aritméticos. En cuanto yo te haya dado algunas lecciones, podrás cobrar las cuentas y dar el cambio

sin equivocarte. Eso no es nada difícil y me parece que después de siete años de escuela podrás hacerlo muy en breve.

— ¿Y no podría trabajar en tu oficina? — preguntó Teresita —. He pasado tantos años en un sitio tranquilo, que no podré ya acostumbrarme al ruido que hay por aquí.

— Lo que ocurre es que te han echado a perder — replicó Terencio.

— Sheridan demostró ser un idiota al pagarte esta instrucción caprichosa. Eso es un modo como otro cualquiera de tirar el dinero por la ventana. Pero ahora se ha gastado todo, hasta el último centavo, y ya eres lo bastante crecida para ganarte la vida. Julia no tuvo nunca tu instrucción, ni siquiera la décima parte, y ya se ganaba la vida a los diez y seis años. Ahora es una mujer rica, que en este

momento se dirige a Buenos Aires en su automóvil y que tiene en Nueva York un magnífico piso en un palacio. De manera que tú harás lo que yo te mande. ¿Estamos? Te daré algunas indicaciones y entonces podrás sentarte ya ante el pupitre para demostrar que eres capaz de ganarte el pan que comes. Nadie se meterá contigo, y si alguien lo hace, me llamas. Por consiguiente, no empieces a chillar sin que te hayan dado motivo. Y acuérdate de mis palabras. —

A partir de aquel día Terencio Desmond pudo acompañar a sus clientes favoritos, en tanto que una jovencita pálida, de magnífico cabello dorado y vestida con un traje negro muy sencillo, ocupaba el lugar del amo ante el pupitre en la sala del restaurante pintado de azul.

CAPÍTULO VII



TERESITA no sabía cómo podría vivir en «La Luna Azul».

Después de la dulce paz del convento, aquello le parecía un pandemonium. El ruido no cesaba un momento desde el mediodía hasta mucho después de las doce de la noche.

Terencio Desmond gruñía sin cesar, asegurando que la Ley Seca le había arruinado, pero la falta de licores, suponiendo que existiese, no parecía perjudicar sus negocios. Siempre había numeroso público en el restaurante: lindas muchachas de maravilloso cutis blanco y rosado, semejantes a grandes muñecas, y sus compañeros, con frecuencia ya ancianos o muy jóvenes y con caras de tanto.

Por la tarde acudían muchos automovilistas, que pedían limonada o té, y se quedaban allí a fumar un rato mientras tocaba la banda, que no paraba un momento, ni de día ni de noche. Acudía también mucha

gente a cenar, pidiendo los platos de pescado que se habían hecho célebres, y otros muchos iban a última hora para cenar antes de acostarse. La música del jazz sobresaltó a Teresita la primera vez que la oyó, y nunca dejaba de irritar sus nervios. Le parecía algo semejante a una tragedia entre cazos y cacerolas en la cocina. E incluso al irse a la cama, no lograba dormirse hasta la madrugada, cuando la casa se quedaba, por fin, silenciosa. Por otra parte, la joven no tenía el temperamento tranquilo que compensa el insomnio de la noche levantándose más tarde por la mañana. Por eso su salud empezó a resentirse, y aun las pocas horas de sueño de que gozaba eran interrumpidas por pesadillas de extraña realidad, en las que aparecían muchos semblantes masculinos y en especial sus ojos.

Ojos que la miraban en el restaurante y que ella evitaba inclinando la cabeza hacia su trabajo, mas a

ALBUM DE
FILM SELECTO

Filmoteca
de Catalunya



JOHN GILBERT



BILLIE DOVE